

CLAROSCURO DE GUILLERMO SAUTIER CASASECA (1910-1980) EN SU CENTENARIO*

ELISEO IZQUIERDO**

Fecha de recepción: 4 de abril de 2011

Fecha de aceptación: 10 de agosto de 2011

Resumen: La celebración por el Cabildo Insular de La Palma del centenario del nacimiento del escritor y guionista radiofónico Guillermo Sautier Casaseca (Santa Cruz de La Palma, 1910-Madrid, 1980) es ocasión propicia para realizar una valoración desde el punto de vista del periodismo del legado dejado por este canario. Con este objetivo se pondera su pensamiento, colaboradores o los géneros literarios en los que Sautier desplegó su actividad.

Palabras claves: Guillermo Sautier Casaseca; Literatura popular; Radio; Periodismo; Seriales; Folletines; Cadena SER.

Abstract: The centenary of the birth of the Canarian novelist and radio script writer Guillermo Sautier Casaseca (Santa Cruz de La Palma, 1910-Madrid, 1980) is a good opportunity to evaluate his heritage from the point of view of the journalism. In order to do this, there are analyzed his thought, his collaborators and the literary genres that he dealt with.

Key words: Guillermo Sautier Casaseca; Best sellers; Radio; Journalism; Serials; Chapbooks; SER Channel.

* Conferencia pronunciada en la casa Salazar de Frías de Santa Cruz de La Palma el 23 de junio de 2010, dentro de la conmemoración del centenario del nacimiento del novelista y serialista palmero.

** Periodista. Correo electrónico: eliseoizquierdo@hotmail.com.

No hace mucho que un escritor amigo calificaba a otro colega isleño, en un periódico de las islas, como «*el Sautier Casaseca canario*», sin duda para subrayar sólo su dilatada entrega al importante medio de comunicación que es la radio, pues ni la actividad de ambos en el campo de las ondas, en nada homologable, ni su orientación ideológica, del todo divergente, o el carácter de la tarea desarrollada por ellos justificarían la comparación. Lo que fue evidentemente un lapsus del estimado amigo, persona bien informada y de notorio nivel cultural, deja sin embargo al descubierto, una vez más, el poder de erosión del tiempo en la memoria individual y colectiva, el olvido rampante.

El desliz espoleó mi curiosidad y me llevó a indagar en qué medida se mantiene entre sus paisanos el recuerdo de Guillermo Sautier Casaseca y sus estancias en la isla de La Palma, ahora que se cumple un siglo del día en que vio en esta tierra la luz primera. ¿Se mantienen vivos su nombre y su obra, no pretendamos que entre las generaciones que no padecieron los rigores de la dictadura sino entre quienes vivieron el tiempo en que el escritor acaparó popularidad sin límites, cosechó laureles a espuestas y se mantuvo en el pedestal de la fama como ídolo de parte importante de la sociedad española del franquismo, de las castigadas clases medias y humildes sobre todo, particularmente de las amas de casa y las trabajadoras del hogar, que eran entonces la inmensa mayoría de las mujeres de este país?

La indagación dio resultados significativos: las respuestas afirmativas fueron escasas y, de éstas, la mayoría se quedaba en alusiones desdibujadas, más que a la personalidad de Guillermo Sautier y su significación en el campo de la radiodifusión, al tiempo oscuro agazapado en los alvéolos de la memoria colectiva, al largo periodo de la autarquía que él contribuyó a sostener. La evocación les devolvía a casi todos, salpicada de anécdotas, una imagen de la época rozando casi la caricatura social; la nada emotiva y sí pintoresca, regocijante y hasta patética rememoración de vivencias que parecían olvidadas y el recuerdo hacía que rebrotaran en tropel: *Tengo una vaca lechera*, el fútbol y la



«saeta rubia», la masa humana apretujada en el Bernabeu en la Fiesta del Trabajo, *Mi cochecito lerén*, los concursos de Soler Serano, «Avecrem llama a su puerta», «El bazar de las sorpresas», «Cabalgata fin de semana», *María Cristina me quiere gobernar*, los sermones apocalípticos del padre Venancio Marcos, *A lo loco, a lo loco, a lo loco*, Antonio Machín y sus gardenias, «Familia que reza unida...», y, por supuesto, las voces de Juanita Ginzo, Pedro Pablo Ayuso o Matilde Conesa, y tantas otras huellas escondidas en los estratos más hondos del alma de toda una generación en imparable declive.

El hombre que con sus radionovelas consiguió que la vida de este país se paralizara una hora cada día, uno tras otro durante años y años, e hizo llorar a moco tendido a centenares de miles de mujeres y a no pocos hombres, no es ya, cuando sólo han transcurrido tres décadas de su muerte, sino una sombra en el tinglado de la farsa de este pueblo entre zaragatero y gemebundo que él pretendió ahormar ideológicamente durante más de un cuarto de siglo. Y pocos de los interrogados recordaban que nació en Canarias o concretamente en la isla de La Palma.

Pese a todo, Guillermo Sautier Casaseca tiene su lugar en nuestra historia reciente, sigue donde le corresponde cuando se cumplen cien años de su nacimiento, un centenario que el Cabildo de La Palma, con muy buen criterio, no ha querido que pasara desapercibido. La memoria de los pueblos se cimenta en la de sus hijos, la que sea. Como debe ser. Con sus luces y con sus sombras, con sus entresijos y recovecos, incluso los más intrincados, vidriosos u oscuros. Asumiéndolo todo tal cual. Es la mejor prueba de madurez de un país. Es cierto que la figura de Sautier Casaseca perdió el protagonismo que tuvo en otra época. Su obra interesa ahora más al sociólogo, al analista político, al crítico literario o al periodista que al oyente de la radio o al lector de novelas, que andan por otros senderos. Son sustancialmente distintos los mimbres con los que se construyó la sociedad de su tiempo y los que configuran la sociedad actual. Su obra ha ido a parar, de forma que parece ineluctable, a los

anaqueles del olvido, o permanece arrinconada en la nostalgia de unos cuantos o en los archivos sonoros de alguna emisora, los poquísimos que se salvaron de la destrucción y dan fe, con la crudeza testimonial de la voz humana, de lo que fue un largo capítulo de la historia de este país que él contribuyó a escribir.

TESTIMONIO DE UN TIEMPO CRUCIAL

Las conmemoraciones, máxime si son centenarios, propenden a la exaltación sin tasas, a la loa y al ditirambo bien aderezados para la ocasión, con total olvido del rigor crítico. No caigamos en semejante trampa. Cualquier intento de aderezar la figura de Guillermo Sautier Casaseca y decir de él lo que en verdad no fue, sería ofender su memoria y nuestra honradez. Escamotear sus ideas o darles la vuelta, alterando sus cimientos, sus creencias y su posición ideológica o literaria, sería hacerle y hacernos flaco servicio. Por el contrario, reconocer lisa y llanamente lo que sí era, su actitud humana y el signo de su obra, es respetarlo, aceptándolo con toda su compleja carga humana. En una entrevista con Diego Galán y Fernando Lara, que se publicó en el número 455, de 22 de febrero de 1971, de la mítica revista *Triunfo* de Madrid, lo dejó claro el propio Sautier con palabras categóricas: «*Yo no reniego de nada. Lo hecho, hecho está, y cuando se hizo era porque obedecía a la necesidad de una época y a una serie de circunstancias*». Si así se mostraba Sautier Casaseca y defendía de esta manera todo cuanto hizo, ¿quiénes seríamos nosotros para enmendarle la plana y desfigurar su perfil humano? A despecho de ideologías, de filiaciones y de credos, la figura y la producción literaria de Sautier Casaseca se mantienen como testimonios del tiempo del que fue espejo en no pequeña medida. Hay quienes creen, incluso desde posiciones discrepantes, que no se encuentra en el lugar que debiera: unos, por móviles políticos, otros, por razones de carácter literario, como las de los que estiman que



Sautier Casaseca debiera encontrarse, con otros narradores de su época hoy olvidados, a la cabeza de los representantes de la llamada literatura popular en lengua castellana del siglo xx.

Durante una larga etapa de la vida española se mantuvo en el candelero la literatura que Guillermo Sautier Casaseca abanderó. Sedujo a millones de personas, a cientos y cientos de miles de seres humanos, no como moda fugaz sino con asombrosa fidelidad. Es una realidad que no debe desdeñarse sin más, ni por motivos políticos ni al socaire de elitismos literarios o ideológicos de cualquier signo, muy respetables, desde luego, pero que no han de pretender ser exclusivos ni excluyentes. El fenómeno de masas que provocó la floración de la radionovela, y por ende los seriales de Sautier Casaseca, en el ámbito de la comunicación de masas, no sólo contribuye a perfilar la realidad española de más de dos tercios de la pasada centuria sino que prolonga su presencia en la radio y la televisión del nuevo milenio.

No resultará por tanto ocioso proyectar algo de luz sobre la personalidad del escritor a quien tirios y troyanos reconocen su influencia en la literatura popular española de mediados del siglo xx, de forma que el acercamiento a su producción radiofónica, teatral y novelesca sea más comprensible y clara.

LA RAÍZ PALMERA

Guillermo Sautier Fernández, como así figura inscrito, mantuvo durante años el segundo apellido, el materno, que, andando los años, redujo a la F inicial, hasta que decidió sustituirlo por Casaseca, el segundo apellido de su madre. La eufonía de los apelativos la consideró siempre esencial. A la actriz grancanaria Cristina Victoria López García le aconsejó, cuando la vio actuar, que prescindiera de los dos apellidos, porque eso le ayudaría a imponerse en el complejo mundo del arte. Nació en Santa Cruz de La Palma el 24 de junio de 1910.

Al salir el ejército español de la gran Antilla, finalizada la guerra de emancipación en 1898, uno de los muchos militares que dejaron la última colonia del reino de España en el Caribe fue el capitán del arma de Infantería Guillermo Sautier Laparra, abuelo del escritor, que llegó con los suyos a la isla de La Palma a principios del siglo XX, destinado en calidad de excedente al batallón de Cazadores número 20, de guarnición en la capital palmera. Al poco tiempo de encontrarse en el archipiélago era ascendido a comandante y asumía las responsabilidades de segundo jefe del citado batallón. En 1913 aparece su nombre en la breve relación de militares que aspiraban, por méritos, a la cruz pensionada de la orden de San Hermenegildo, según informaba el periódico *Diario de Tenerife* en su edición del 9 de agosto. Cuatro años más tarde era promovido al empleo de teniente coronel, lo que le obligó a incorporarse a su nuevo destino de secretario de la subinspección militar de Gran Canaria, en la capital de la isla. También residió algún tiempo en Lanzarote, hasta que en enero de 1923 marchó a la península para hacerse cargo de la jefatura del regimiento de Infantería de Valencia. El periódico grancanario *La provincia* registraba la noticia en su edición del 25 de enero del mencionado año. Sautier Laparra culminó la carrera castrense con el fajín de general de brigada, que recibió en febrero de 1932, ya en plena II República. Acaso este importante ascenso pudo haber influido algo en el nieto,

que presumió de haber sido republicano en sus años juveniles, aunque luego tratara de justificarlo como el clásico sarpullido de los años mozos. Guillermo Sautier Laparra era cubano, nacido en La Habana, y había casado con Josefa Manzanares Viudez, natural de Cartagena, Murcia, conocida por entonces como Cartagena de Levante, para distinguirla de Cartagena de Indias o Cartagena de Poniente.

Con el matrimonio vino también a La Palma su hijo Guillermo Sautier Manzanares, que había nacido asimismo en La Habana. Era maestro de enseñanza primaria. En Santa Cruz de La Palma contrajo matrimonio con María del Carmen Fernández Casaseca, de la familia de «los Arrogantes», natural de la capital palmera, hija del capitán de las Milicias Canarias José Fernández Sicilia y de su esposa Matilde Casaseca Hernández, tía por línea materna de los periodistas Andrés y León y del jurista Simón de las Casas Casaseca. Fruto de dicha unión fue el nacimiento del tercero de los Sautier bautizados, que sepamos, con el nombre de Guillermo, que no se detendría en él: Guillermo Sautier Fernández, quien al cabo de los años, como ya hemos indicado, decidió reemplazar el apellido materno por el segundo de su madre, más eufónico, de más *gancho* en el medio en el que se desenvolvía y que ya había popularizado cuando solicitó el cambio legal, que le fue concedido por orden del ministerio de Justicia de 10 de abril de 1970.

Aunque no sabemos en qué momento y por qué motivos concretos abandonaron los Sautier Fernández la isla de La Palma, quizás pueda intuirse si reparamos en que parte de la niñez del pequeño Guillermo transcurrió junto a su abuelo paterno, lo que dejaría huella en su carácter. Guillermo hizo el bachillerato en Santander. De esa época recordaba, entre otros compañeros de estudios, al escritor, periodista y médico Manuel Pombo Angulo (Santander, 1914-Madrid, 1995), Premio Nacional de Literatura con su novela *Sin patria* (1950), narrador significado entre los muchos que han contribuido a formar el bosque de la bibliografía sobre la guerra civil española de 1936. Sin

acabar los estudios de Derecho en la universidad de Oviedo, marchó a Madrid, donde al parecer los concluyó, y comenzó a trabajar de pasante en el despacho de su tío Simón de las Casas Casaseca, como él mismo manifestó años más tarde a José Rodríguez Alfaro en declaraciones para el periódico grancañario *Falange*, publicadas el 1 de septiembre de 1955. Tanto Ramiro Cristóbal¹, como Jaime Pérez García en el primer volumen de *Fastos biográficos de La Palma*² afirman que estuvo también de pasante en el despacho del político y abogado catalán Francisco Cambó Batlle (Vergés, Gerona, 1876-Buenos Aires, Argentina, 1947), ex ministro de Fomento y de Hacienda con Maura y uno de los impulsores más significados del movimiento regionalista Solidaridad Catalana.

La vinculación de Sautier con el bufete de Cambó se produjo en la etapa inicial de la II República, cuando el político catalán, después de los años de ostracismo en que hubo de permanecer durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), consiguió acta de diputado en el Congreso, en 1933, y se estableció en Madrid. Para entender la evolución ideológica y política de Sautier Casaseca, una vez superado lo que según él no pasó de ser un sarampión de ilusiones republicanas juveniles alentadas por esperanzas de cambio en la vida española, habrá que tenerse en cuenta, entre otras cuestiones, que, en las elecciones de febrero de 1936, que dieron paso al Frente Popular, Francisco Cambó sufrió una dura derrota en su intento de volver al parlamento, lo que para el escritor palmero supuso un momento crítico en el proceso de desengaños políticos que venía experimentando, según sus propias manifestaciones. Asimismo, no conviene ignorar que Cambó publicó en 1925 el ensayo *En torno al fascismo italiano*, en el que elogia la «eficacia» del Duce como estadista, como años más tarde alabaría

1. CRISTÓBAL, Ramiro. «Sautier Casaseca: la muerte del folletín nacional sindicalista». *Triunfo*, n. 899 (Madrid, 19 de abril de 1980), p. 45.

2. PÉREZ GARCÍA, Jaime. *Fastos biográficos de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Caja General de Ahorros de Canarias, 1985-1998, v. 1, pp. 168-170.

la de Franco; ni que, cuatro años después, saldría su opúsculo *Las dictaduras*, editado en Madrid en 1929. Sautier, con toda probabilidad, tuvo en sus manos y leyó ambas obras, y también *Por la concordia*, de 1927, que, aunque prohibida su edición por el gobierno de Primo de Rivera, circuló ampliamente en copias mecanografiadas clandestinas hasta que Cambó pudo verla publicada tres años más tarde, en 1930, después de la caída del primorriverismo. Otro dato nada desdeñable es que Cambó, como ya se ha indicado, apoyó política y económicamente al general Francisco Franco tras el golpe de estado de julio de 1936, aunque no se comprometiera de manera directa en la contienda.

Aunque por poco tiempo, Guillermo Sautier Casaseca fue secretario del presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales de la II República española. Todo da a entender que su horizonte personal y familiar más atrayente y en el que esperaba encontrar seguridad y estabilidad era otro, no precisamente el de la radiodifusión. Pero ocurrió lo que ocurrió: el estallido de la guerra civil sorprendió a Sautier metido de lleno en el mundo de los negocios y haciendo a la vez los primeros pinitos como escritor de radioteatro. Se alistó en el bando del general sublevado, convencido de que la situación política y social había alcanzado un punto de no retorno y la rebelión era inevitable e inexcusable: «*era necesario —dice, para justificarlo— cortar por lo sano lo que ya se estaba convirtiendo en un cáncer*», y remata la dura afirmación con estas palabras: «*Afortunadamente, se llegó a tiempo de que el cáncer no siguiese*». Una de las ideas cardinales de Guillermo Sautier Casaseca, la articulación esquizofrénica de la sociedad española en malos muy malos y buenos muy buenos que al final triunfan sobre los, para él, perversos, la encontramos, como en ésta, en muchas otras afirmaciones suyas.

Oposita a interventor civil de Marina y es destinado a la entonces Guinea española, o Guinea Ecuatorial. Ejerce en Santa Isabel de Fernando Poo. Contrae una hepatitis, —a mediados de



los años cincuenta seguiría diciendo que fue ictericia—, que lo mantuvo en cama durante tres largos meses. Es el colofón de un periodo de su vida que dará muy pronto un aparente giro copernicano.

FIDELIDAD DE ESCUCHANTE FORZOSO

La historia de la radiodifusión en España empieza en 1924 con la dictadura de Primo de Rivera. El 14 de noviembre de ese año inició sus emisiones en Barcelona la primera estación autorizada oficialmente, la EAJ-1. Un mes más tarde, el 19 de diciembre, se constituyó en la capital del reino la empresa Unión Radio, y seis meses después, el 17 de junio de 1925, el rey Alfonso XIII inauguraba su emisora, Radio Madrid, con el distintivo EAJ-7. En Canarias, las primeras emisiones experimentales se efectuaron en 1925. Radio Club Tenerife, primera emisora autorizada en el archipiélago, comenzó a hacerlo en 1930.

Con la república, la radio intensificó la labor informativa y de difusión de la cultura, y en la guerra civil se convirtió en eficaz instrumento político para ambos bandos, que se valieron de ella para expandir sus programas y hacer proselitismo. Al finalizar la contienda, todas las emisoras, públicas y privadas, quedaron sometidas a férreo control de la censura gubernamental; tarea de la que, en los primeros momentos, se hizo cargo Falange Española. Todas estaban obligadas a conectar con Radio Nacional de España para retransmitir el diario hablado, y luego los diarios del mediodía y de la noche, lo que se llamó durante mucho tiempo «el parte», prolongación en el imaginario ciudadano del *parte de guerra* de la radiodifusión franquista sobre las operaciones bélicas. La orden se cumplió desde el 6 de marzo de 1939 hasta que fue abolida por el gobierno de Adolfo Suárez, el 6 de octubre de 1977.

Guillermo Sautier Casaseca contó en más de una ocasión que, recuperado ya de la enfermedad que le mantuvo en la cama durante meses, empezó a acudir con asiduidad a Radio Madrid: «Yo no tenía nada que perder entonces, únicamente mucho tiempo sin ocupación», le decía a Alfaro en la entrevista ya citada, para luego confesarle: «No dejaba de ir un solo día por la radio, hasta que se acostumbraron a verme y me admitieron». Fueran así, o no tan así, sus primeros pasos en el mundo de las ondas, lo

cierto es que sus comienzos aparecen vinculados a los sucesivos intentos, hasta cinco veces fallidos, de lograr que un guion suyo se emitiera en el programa *Tu carrera es la radio* de la citada emisora. En declaraciones a Juan Munsó Cabús para su excelente libro *40 años de radio (1940-1980)*³, Sautier añade algo más, que no deja de ser significativo: En la etapa de completa inmovilización a que lo obligó la hepatitis, en la que —dice— «*me aburría espantosamente*», se dedicó a escuchar la radio. «*No me perdía ninguno de los seriales que se radiaban*», reconoce. Esa fidelidad de escuchante forzoso le resultaría al cabo muy útil. Aprendió, entre otras, dos cuestiones fundamentales: cómo había que fabricar una historia para que fuera atractiva y enganchara al oyente, y con qué instrumentos hacerlo. La experimentación con estos principios técnicos es probable que diera como resultado el guion que por fin le aceptaron.

A aquel guion le siguieron inmediatamente varios más, hasta que un día de 1947 lo llamó a su despacho el jefe de programación de la emisora, Manuel Aznar Acedo (Bilbao, 1916–Madrid, 2001), padre del expresidente del gobierno del mismo apellido, y le propuso escribir la serie *Historias en el Retiro* para los intermedios de la retransmisión de los conciertos de la Banda Municipal de Música de Madrid. La radio le acababa de abrir las puertas. Guillermo Sautier se entrega entonces a una actividad frenética, que va de trabajos de mesa de redacción a entrevistas radiofónicas, adaptación de obras literarias, realización de programas especiales, dirección de programación, etc., etc. Textos de Concha Espina, Alejandro Dumas, Carmen Icaza, Juan Antonio Zunzunegui, Du Maurier, los premios Nadal, etc., encuentran en Guillermo Sautier al hábil adaptador. A todo esto, que era muchísimo, se sumaban otras tareas, como las que compartió con el crítico musical, pianista y compositor Enrique Franco (Madrid, 1920–2009) en la elaboración de los guiones de la serie *Fantasías con música*, o en los de humor

3. MUNSÓ CABÚS, Juan. *40 años de radio (1940-1980)*. Barcelona: Picazo, 1980.

LA CASA DEL ODIO

NOVELA RADIOFONICA
ORIGINAL DE
LUISA ALBERCA
Y
GUILLERMO SAUTIER CASASECA

TRANSMITIDA POR
TODA LA CADENA
DE EMISORAS

EDICIONES

SER

★ Fascículo
4º

5 Pts.

Pedrin y Pedrito, o su participación en la sección Teatro entre bastidores, y en otras más.

PENSAMIENTO COINCIDENTE

Entregado por entero estaba el escritor palmero a ese abrumador quehacer plural cuando se cruzó en su camino una mujer, Luisa Alberca, funcionaria del ministerio del Aire y escritora de novelas y de guiones radiofónicos, algunos de los cuales había conseguido que le fueran puestos en antena. La conoció en el programa citado *Tu carrera es la radio*. Eso fue en 1951. Sautier Casaseca le contó a Juan Munsó, para su mencionado libro, detalles de aquel encuentro. Era, dice, «excelente escritora, de fina sensibilidad». Confiesa que «nos hicimos buenos amigos desde el principio», y que «con motivo de la adaptación de su novela *Patricia Rilton* [no *Hilton*, como se ha escrito], volví a intimar con ella». Fue entonces cuando los dos decidieron trabajar en compañía: «El excesivo trabajo —dice Sautier— absorbía todo mi tiempo y le propuse colaborar juntos. Iniciamos la experiencia con “Lo que nunca somos”, novela que editó luego Caralt». Finalmente deja caer dos frases claves para entender el éxito del trabajo compartido. La primera es: «Nos dimos cuenta que ambos coincidíamos en el modo de pensar». La otra, fundamental también para penetrar en el secreto de su estrecha labor: «Ella hablaba un poco en mujer y yo en hombre». Dos principios básicos, esenciales, para que el género triunfara. Virilidad y ternura. Desamparo y protección. Fue una colaboración literaria estrecha, que se prolongó a lo largo de ocho años y finalizó, no de forma abrupta pero sí previsible, en 1959. Luisa Alberca se apartó de aquella actividad compartida y continuó escribiendo sola para la colección «Biblioteca Chicas» de la editorial Cid.

Alberto Sánchez Álvarez-Insúa ha explicado bien cómo era el sistema de trabajo de ambos escritores, el reparto de cometidos y el papel que cada cual asumió⁴; sistema al que, por otra parte, tanto Alberca como Sautier se refirieron con detalle en varias

4. SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA, Alberto. «Luisa Alberca y la generación de señas de identidad en el primer franquismo». *Arbor: ciencia, pensamiento y cultura*, n. 720 (2006), pp. 469-487.

ocasiones: «Casaseca construía el guion o la escaleta de la obra, la carpintería literaria, y dejaba que Luisa redactara el texto». El precipitado final, si la dosificación era la adecuada, resultaba el justo y deseado: «Alberca [en lo que le correspondía] puso el sentimiento y el toque “femenino” y Sautier la intencionalidad política». De una parte, la emoción, los afectos, la soledad, las facetas entrañables, las efusiones del alma, la ternura, como tarea asumida por Alberca; de otra, el propósito deliberado de servir con lealtad absoluta y sin límites —«una adscripción sin fisuras y puesta incondicionalmente a su servicio», subraya Insúa— a la persona y a la causa del general vencedor y de los suyos, aunque andando los años intentara aparentar, pues era muy astuto, cierto agrietamiento en el monolítico edificio de su fidelidad al franquismo.

Sin embargo, esa arquitectura, por muy bien construida que estuviera, no les hubiese proporcionado por sí sola el éxito y la popularidad que alcanzaron, en particular Sautier Casaseca, que era quien tenía la sartén por el mango. La edificación requería una fórmula para seducir al oyente y atraparlo sin remedio. Sautier acertó a descubrirla, con toda seguridad, en los folletines del siglo XIX, la puso en práctica y la condensó en este principio suyo, que explica el éxito de su producción radiofónica, teatral y novelística: «Hay que llegar directamente al corazón sin pasar por el cerebro». Es lo que la desvencijada sociedad española de la posguerra necesitaba y pedía: historias para no pensar, llanto a raudales con que ahogar el alma, arquetipos humanos más desgraciados aún que el oyente. Porque, además, la fórmula abría sutilmente compuertas a la manipulación, de manera que los mensajes que la radionovela iba esparciendo, capítulo tras capítulo, en bien medidas dosis subliminales, calaran en el alma colectiva: el hombre y sus valores espirituales irrenunciables; la patria, como unidad de destino en lo universal; el enemigo en permanente acecho para destruir las virtudes de la raza; la casa como santuario de la mujer hacendosa, conforme al lema de la Sección Femenina: «Mujeres para Dios, para la patria y para el hogar» y su arquetipo popular: La «“Carmen de España” cristiana

y *decente*» que paseó por el universo mundo la incombustible Carmen Sevilla; el pecado como obsesión; el honor de cara a la galería, y la depravación; el sacrificio y la renuncia silenciosa, los infortunios, los desgarramientos del espíritu, la defensa de los ideales que nos hacían diferentes ante el mundo; un ideario que Sautier, todavía en la década de los setenta del pasado siglo, seguía pregonando y defendiendo.

Especial interés ofrecen las ideas de Sautier sobre la mujer y su papel en la sociedad, porque son sin duda el mejor espejo de su talante humano y de su concepción de la sociedad española que defendió con uñas y dientes hasta el final de su existencia. A su juicio, la mujer española tenía que ser romántica, sentimental, con fantasía pero «*que no peque*», un ser para el hogar, no para que lo abandone. Uno de los pecados de la mujer, repetía, era el de querer emular al marido. Consideraba que a la mujer se le habían dado demasiadas alas, demasiada libertad, sin que estuviera todavía preparada. Defendía la libertad de la mujer, «*pero que no se pase*».

UN RECAMBIO EFICAZ

Cuando Luisa Alberca deja de colaborar con Sautier Casaseca en 1959 (la última producción conjunta fue la novela *Extraño poder*), el escritor consigue recambio inmediato y ficha sin demora como sustituto a Rafael Barón Valcárcel, madrileño nacido en 1921, escritor de novelas cortas y dispuesto a ganarse la vida con la pluma (era y es un decir), que había publicado ya varias narraciones en la popular colección «Chicas». Cuando falleció de un infarto de miocardio el día primero de diciembre de 1987, *Abc* publicó su esquila, que rezaba así: «*Rafael Barón Valcárcel, escritor. Subió a la Gloria*». Contaba en aquel instante sesenta y seis años.

Si con Luisa Alberca dio Guillermo Sautier Casaseca el campanazo que marcaba el rumbo de su meteórica carrera como

creador radiofónico con *Lo que no muere*, con Rafael Barón alcanzaría el punto culminante, el cenit, con el estreno de *Ama Rosa*, la obra que le dio mayor celebridad (y dinero). El serial *Lo que no muere* empezó a ser emitido en 1952. La interpretación estuvo a cargo del Cuadro de Actores de Radio Madrid. Estas líneas de Juan Munsó, ya citado, reflejan de forma insuperable el impacto que provocó en la sociedad española de los años cincuenta esta radionovela: «“*Lo que no muere*” —dice— fue una bomba radiofónica. [...] De cinco a cinco y media de la tarde era una hora prohibitiva para hacer visitas o llamar por teléfono. [...] En las peluquerías, las señoras pedían que se les quitara el casco secador para escuchar “*Lo que no muere*”. El que llegaba a casa del radioyente a las cinco debía permanecer mudo hasta que finalizase el capítulo, y antes de entrar en materia estaba obligado a comentar lo que le sucedía a Lopes Doria con Nita y la pobre Margarita», personajes que eran interpretados, respectivamente, por Pedro Pablo Ayuso, Matilde Conesa y Maribel Alonso. *Lo que no muere* es, en síntesis, una historia de buenos y malos, de amores y desamores, y un intento de explicación, o, más bien, de justificación, desde una perspectiva desenfocada, como no podía ser de otra manera, de por qué había ocurrido en nuestro país lo que ocurrió. El éxito de *Lo que no muere* fue tal, que la obra comenzó a publicarse en fascículos casi inmediatamente, a partir de abril de 1953, y en agosto se estrenó en Barcelona la versión para teatro.

En cuanto a *Ama Rosa*, la radionovela que sitúa a Casaseca en la cima de la literatura popular española del siglo xx y asimismo en la de la popularidad, su estreno resultó un acontecimiento aún mayor que el anterior, con una audiencia muchísimo más amplia. Había transcurrido casi una década de *Lo que no muere* y los españoles, claro que no todos, podían adquirir, eso sí, con dificultades, aparatos de mejor calidad, a precios más asequibles y a plazos. Pero valía la pena. La emisión de *Ama Rosa* por la SER, a través de las quince emisoras que entonces formaban la red, no todas de forma simultánea,

TEATRO CIRCO
EMPRESA L. M. S.

Domingo, 19 de Octubre de 1958
TARDE, 7:15 — NOCHE, 11

GUILLERMO SAUTIER CASASECA
PRESENTA

¡Daniel Dicenta y Lolita Herrera!

LA PAREJA DE LA SIMPATIA

¡La casa del odio!

¡La obra más apasionante del «suspense»!
¡Dos horas de apasionante intriga!
¿Quién asesinó a Gabriel Olmedo?

¡Rotundo éxito de público y crítica en BARCELONA y MADRID!
Con el primer actor

FRANCISCO RUIZ
La primera actriz

FLORINDA MARTIN MORA
Y la colaboración especial del galán cinematográfico

JOSE MARIA LABERNIE

Los dos éxitos más resonantes de los populares
GUILLERMO SAUTIER CASASECA y LUISA ALBERCA
autores de
LA SEGUNDA ESPOSA y *UN ARRABAL JUNTO AL CIELO*

¡Toda España aclama a
DANIEL DICENTA y LOLITA HERRERA,
la revelación del año, como la pareja de la simpatía!
(AUTORIZADA PARA MAYORES)

IMP. "LA VOZ DE ALBACETE"

comenzó en 1959. Era, cómo no, una intrincada historia de amores y de desdichas. Una madre, Rosa Alcázar, a punto de morir sin posible remedio. Un niño que acaba de nacer y quedará sólo en el mundo. Un médico comprensivo. Una familia

acaudalada, los Riva, que ha perdido ese mismo día su bebé. La madre moribunda, que le pide al galeno que reemplace en secreto el pequeño muerto por el suyo vivo; así, el fruto de sus entrañas tendría un hogar confortable donde crecer y el calor de unos padres, que nunca sabrían que no era el suyo. Pero ocurre el milagro y la desdichada mujer abocada a morir no muere. Es imposible resumir todo lo que ocurre en el centenar de capítulos siguientes.

Con *Ama Rosa* ocurrió aún más que con *Lo que no muere*. Pasó de la radio rápidamente a la letra impresa, se editó, se puso en escena en versión de sus dos creadores con la colaboración de Fernando Vizcaíno Casas, que era de la misma cuerda, y finalmente Klimowski la llevó al cine, con Imperio Argentina como protagonista. Para la versión teatral contaron con un actor pintiparado, Doroteo Martí, valenciano de nacimiento, que tenía más cara que espalda y unos recursos histriónicos nada comunes. Murió en Madrid, con ochenta años, en 1993. Eduardo Haro Tecglen ha relatado con gracia inimitable lo que cualquiera pudo haber vivido como episodio de intensa emotividad durante una de las funciones diarias de *Ama Rosa* en el madrileño Teatro Calderón, con el actor en plena representación de la obra: «*Doroteo Martí* —cuenta Haro— *quedaba de pronto silencioso en la escena. Pasaba una mano temblorosa sobre su frente, sobre sus ojos. Los otros actores se miraban entre sí, no sabían si continuar. Y Doroteo Martí se dirigía al público: “Perdonen, por favor... Me ha ocurrido algo... Ahí, en la tercera fila, hay una anciana que me recuerda tanto a mi madre! Mi madre, que no pudo nunca ver mis éxitos... Permítanme que baje y le dé un beso en la frente...”*. Doroteo bajaba, besaba, lloraba. La viejecita sollozaba. El público lloraba, aplaudía. Y el primer actor volvía al escenario, se concentraba un momento y continuaba la representación». Añade Haro Tecglen que, al finalizar la obra, la viejecita pasaba por contaduría para cobrar el beso.

UNA MÁQUINA DE HACER DRAMONES

¿Cuántas novelas y cuántos seriales escribió Sautier Casaseca a lo largo de su vida? Igual aseguraba que cien o que mil o que dos mil. Ni él mismo lo sabía. Hay quienes aventuran que fueron 72 novelas y 12.000 guiones radiofónicos. Sólo con una fábrica de producción diseñada y organizada como la que Sautier puso en marcha, con objetivos muy concretos, fue posible engendrar una obra tan extensa. Sin embargo, resulta difícil determinar con exactitud su producción total, pues, como suele ocurrir en estos casos, hasta se le atribuyen obras de otros autores, entre ellas los populares dramones sudamericanos *Simplemente María* (1969) y *Lucecita* (1970), a pesar de que el propio Sautier, en más de una ocasión, renegara de ellas porque suponían, en su opinión, un paso atrás en el proceso de la radionovela que él había consagrado.

Afirmaba Sautier que sus seriales y novelas, contrariamente a lo que opinaban sus detractores, eran más bellos que la realidad, porque hacían soñar, no contenían violencia, ni inmoralidad, ni pornografía, y generaban fantasía y belleza con un lenguaje limpio, directo y sin atajos. Reconocía, no obstante, que en su primera época escribió seriales blandengues, pero se justificaba ladinamente diciendo que «*la censura nos apretaba como un corsé, asfixiándonos*». Para él, la realidad «*es mucho más cursi*» que sus novelas; no digamos, de las novelas rosas, «*que son pornográficas*». Detestaba la pornografía, la inmoralidad y la amoralidad, y siempre se esforzó en dejar claro que las suyas no eran novelas rosas⁵.

EL OCASO INEVITABLE

Guillermo Sautier Casaseca falleció en Madrid en abril de 1980, cuando había transcurrido ya un lustro de la desaparición

5. Entrevista con Consuelo Sánchez-Vicente.

TEATRO - CINE XUCAR
 ——— CUENCA ———

¡Sensacional acontecimiento teatral!
DOMINGO, 3 DE ENERO DE 1954

Tarde: A las 7 **Noche: A las 10,30**

ESTRENO de la adaptación escénica en un prólogo y tres actos de la famosa novela radiofónica, original de **GUILLERMO SAUTIER CASASECA** y **LUISA CASASECA**

LO QUE NUNCA MUERE

Por la Compañía de actores de Radio Madrid.
 bajo la dirección artística de **GUILLERMO SAUTIER CASASECA.**

R E P R E S E N T A
 por orden de aparición en escena

	
Pierre Dore.	Rafael Fuster
Carlos López Doria.	Pedro Pablo Ayuso
Nita Krusova.	Matilde Conesa
Margarita.	Matilde Vilaríño
Pedro Luis.	Vicente Mullor
Alexander Duniev.	Eduardo Lacueva
Camarada Trujesky.	Julio Varela

Director de escena, RAFAEL FUSTER.
Decorados, Juan López Sevilla.
Muebles y Electricidad, Vda. de H. Saldaña y Alcalá Radio.

Imp. Comercial.-Cuenca

física de la vida española del personaje con el que confesó en cierta ocasión a un periodista que le hubiera gustado compartir un día de su existencia, y las figuras de uno y otro comenzaban a agrietarse como cualquier efigie cocida sólo al sol.

Prestidigitadores ambos, cada uno en su escenario y los dos con las cartas marcadas, a Guillermo Sautier Casaseca le llegó el ocaso después de asistir al desmoronamiento imparable de la fortaleza que los dos, cada uno con los medios que tuvo a mano, habían construido con muchos más. Su carrera en la radio, igual que en el teatro, fue meteórica. Lo llamaban el rey de los seriales, lo que le complacía. Fue un maestro de la literatura de masas. Se metía a las gentes en el bolsillo. Sacudía las pasiones elementales o adormecía al lector o al oyente (no al escuchante) que se dejaba ser narcotizado. Que se dijera esto de él sí le molestaba. Como también, en los últimos tiempos, que se enfatizara su estrecha vinculación al franquismo. En una entrevista con Alfredo Garrido llegó a manifestar, con un punto de indignación: «*Di Stefano no tuvo la culpa de que le tocara vivir en tiempos de Franco. Yo tampoco. He vivido tranquilo y feliz a pesar de la censura*».

Hoy su obra, si interesa, es por sus habilidades como comunicador (iba a decir embaucador), no por lo que comunicaba, que hace tiempo ya que perdió vigencia por completo; y como manipulador de sentimientos, por la predisposición para armar con unos cuantos mimbres un cesto por el que corrían mares de lágrimas, que eran lágrimas de desahogos y de frustraciones de un país sumido en la miseria de una guerra que por fratricida fue doblemente cruel y estúpida. Interesa, repito, como fenómeno sociológico, no como exponente literario. No se deben subestimar las condiciones que Sautier descubrió un tanto tardíamente para escribir dramones inacabables, su facundia de torrentera, su saber escarbar en la ciénaga de las pasiones sórdidas para trasfundir en la audiencia, con indesmayable tenacidad y como fármaco salvador, el ideario de la revolución nationalsindicalista en la que creía a pie juntillas y a la que sirvió con lealtad y sumisión total. Supo encontrar y explotar un antídoto eficaz contra el hambre y la opresión en la posguerra española. El sociólogo Amando de Miguel llegó a comparar sus seriales con los libros de caballería.

Siempre discurriendo sus creaciones entre el melodrama, la farsa, el sainete, la comedia rural y el enredo doctrinal, muestran hoy con suficiente perspectiva, acaso como ninguna otra consecución de la dictadura, los ingredientes de que echó mano el sistema político nacido de la guerra civil para adormecer el alma del pueblo, resignado a la fuerza. A ese empeño de adocrtrinamiento general prestó su contribución, como la prestaron también desde muy diversos estratos políticos y sociales y muy diferentes perspectivas personales no pocos españoles, unos por convicción y voluntaria entrega, otros, *man que les pesara*, por exigencias de la vida. Juanita Ginzo era hija de anarquistas y ella también lo fue. Pero tenía que vivir. Y fue acaso la voz más sauteriana.

Sautier Casaseca descubrió el poder de la radio, el medio más eficaz entonces, por novedoso y porque podía meterse hasta en las cocinas de los hogares y en los colmados y figones, que, con los templos, ermitas y capillas, conformaban el decorado de la vida cotidiana de la España de la posguerra. Ganó mucho dinero. Obtuvo numerosos galardones. Fue respetado y temido. Cuando en 1954 le concedieron el premio Ondas, y en vísperas de la difusión de su guion número cien lo homenajearon en Madrid con un banquete, lo importante no fue el ágape en sí sino quiénes lo convocaron. Por el orden en que aparece la relación de los firmantes en el diario *Abc* de 19 de marzo del indicado año, lo hicieron Concha Espina, Pío Baroja, Gregorio Marañón, Jesús Suevos, Eugenio Montes, Carmen Icaza, Joaquín Calvo Sotelo, Manuel Pombo Angulo, Mercedes Fórmica, José Antonio Giménez-Arnau, Francisco Bonmatí de Codecido, Juan Antonio de Zunzunegui, Pedro Gómez Aparicio, Enrique Llovet y Manuel Dicenta. Sin comentarios. Por cierto, que al almuerzo no acudió el presidente del Hogar Canario, que alegó tener que asistir a un sepelio y envió en representación suya al periodista tinerfeño, redactor-jefe del diario de los Luca de Tena, Juan Bautista Acevedo Rodríguez.

PARA FINALIZAR

He querido acercarme a la figura de Guillermo Sautier Casaseca con mirada de periodista, respetando su manera de pensar, su no tener que arrepentirse de nada, y las peculiaridades sobresalientes de su amplísima producción literaria y radiofónica de signo inequívocamente popular y político; haciéndolo a la manera de quien elabora un reportaje eminentemente informativo y valorativo. Quedan por desvelar aspectos importantes de su biografía, perfilar su figura humana, ordenar su obra, clasificarla y analizarla con rigor y objetividad; un estudio que lo sitúe, como hay quienes lo solicitan, en el lugar que debe tener como representante máximo en el siglo xx de la literatura popular española.

Decía Paul Moran que *«el escritor traiciona su ética cada vez que sirve obcecaciones políticas o intransigencias sectarias»*. No evoco estas palabras del gran escritor francés sino para que se entienda que el que hoy Guillermo Sautier Casaseca se encuentre situado, ideológica y literariamente, en un estadio radicalmente distinto al que nosotros transitamos no justificaría su olvido ni que se minimizara su tarea, sino, por el contrario, la necesidad de colocarlo en el puesto que merece. De ahí la oportuna convocatoria del Cabildo de La Palma, que le honra, para recuperar la memoria de quien tuvo la fortuna de haber nacido en esta tierra y regresó varias veces a ella, lo que Sautier quiso reconocer y agradecer legándole a la isla de La Palma su amplia producción literaria y su interesante archivo personal y profesional.